



LO QUE VENDRÁ

INTERVENCIONES EN LA CONFERENCIA
«ESTADO, DEMOCRACIA Y CIUDADANÍA»,
 ORGANIZADA POR LA CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA
 DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 EL 27 DE MARZO DE 2012 EN HOMENAJE A
GUILLERMO O'DONNELL

»» *Philippe Schmitter*

»» *Terry Lynn Karl*

»» *Alejandro Foxley*

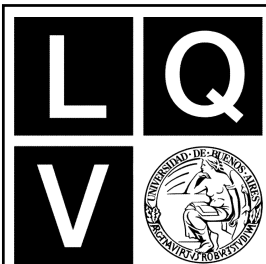
»» *David Collier*

»» *Carlos Strasser*

»» *Alfred Stepan*

»» *Francisco Weffort*





Director

Martín D'Alessandro

Comité Editorial:

Luis Aznar

Franco Castiglioni

Arturo Fernández

Jorge Mayer

Federico Schuster

Lilia Puig de Stubrin

Luis Tonelli

Tomás Varnagy

Carrera de Ciencia Política. FCS/UBA.

DIRECTOR:
Luis Tonelli

SECRETARIO ACADÉMICO:
Maximiliano Campos Ríos

COORDINADOR TÉCNICO:
Cristian Bay

JUNTA DE CARRERA:

Claustro de Profesores:

Carla Carrizo, Elsa Llenderozas, Santiago Leiras, Cristina Girotti, Sergio De Piero.

Claustro de Graduados:

Matías Triguboff, Martín Cortes, Fernando Figueiras Lemos, Mariano Corazzi, Javier Czapos

Claustro de Estudiantes:

Florencia Cascasi, Rocío Verón, Luciano Acevedo, Clara Vazquez, Mercedes De Mendieta.

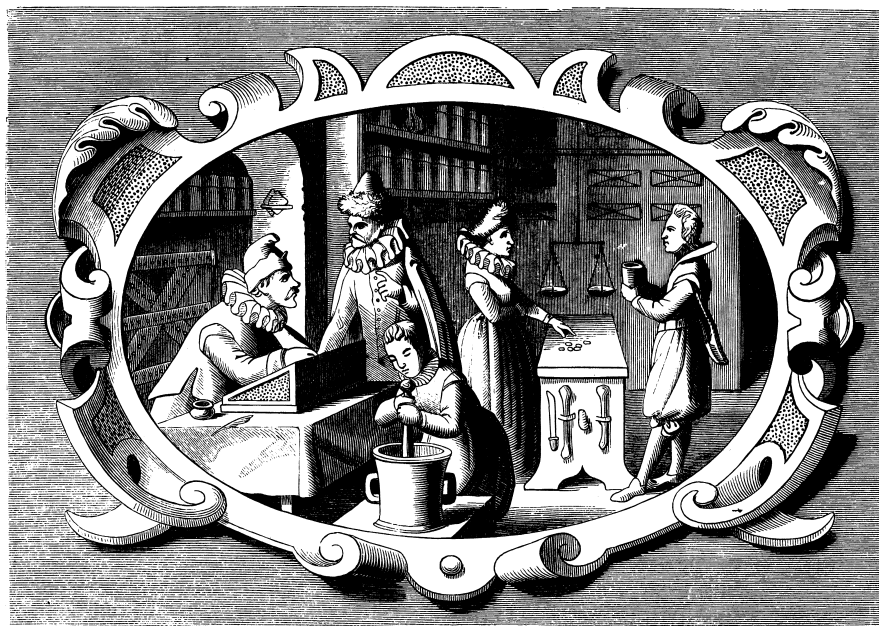
SEDE CONSTITUCIÓN:

Santiago del Estero 1029 (C1075AAU) Ciudad Autónoma de Buenos Aires – Argentina.

Tel +54 (11) 4305-6087/6168.

www.cienciapolitica.fsoc.uba.ar e-mail: cpolit@mail.fsoc.uba.ar

Este número está dedicado al mundo del trabajo y los oficios en los albores de la Edad Moderna. Dibujos y grabados de Jost Ammon en *De artibus illiberalibus et mechanicis* (siglo XVI) excepto el de abajo: *Tienda de un droguero*, por Vriese. Portada y contratapa *Carpinteros constructores de barcos* del siglo XII. Fragmento de la tapicería de Bayeux, llamada de la *Reina Matilde*.



ISSN 1668-7167
Ejemplares de
distribución
gratuita.

Estado, democracia y ciudadanía

Guillermo O'Donnell murió en Buenos Aires el 29 de noviembre de 2011. Para celebrar su vida y su obra, el Kellogg Institute for International Studies de la University of Notre Dame, del cual fue fundador y Director, co-organizó junto con otras instituciones —entre ellas, la UBA— una Conferencia Internacional titulada «Guillermo O'Donnell and the Study of Democracy», que se llevó a cabo en Buenos Aires los días 26 y 27 de marzo de 2012, y reunió a una importantísima cantidad de profesores de referencia mundial en la ciencia política. Como parte de esos homenajes, la Carrera de Ciencia Política de la UBA organizó el 27 de marzo la conferencia «Estado, democracia y ciudadanía» —los tres conceptos sobre los que, podría decirse, ha girado toda la obra de O'Donnell—. Estos dos homenajes, más un tercero en la sede de Naciones Unidas el 28 de marzo, lograron una convocatoria en el ámbito politológico sólo equiparable al Congreso Mundial de Ciencia Política realizado en Buenos Aires en 1991, cuando el propio O'Donnell era el presidente de la asociación mundial de politólogos que organiza los congresos mundiales: la International Political Science Association (IPSA).

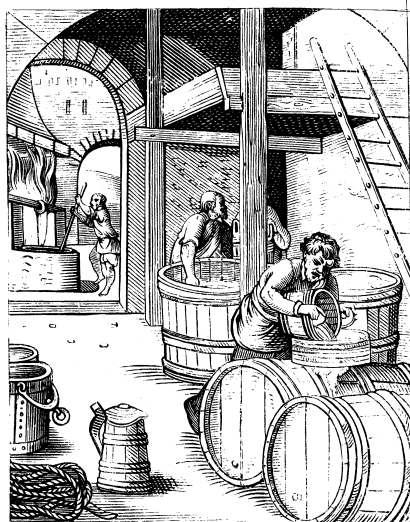
La conferencia organizada por la Carrera de Ciencia Política contó con dos mesas, cuyos integrantes, por su prestigio internacional, han generado una reunión académica de un nivel internacional como muy pocas veces, si es que alguna, tuvo lugar en nuestra Facultad. Estuvieron en ella Philippe Schmitter, Terry Lynn Karl, Manuel Antonio Garretón, Alejandro Foxley, Alfred Stepan, José Nun, Scott Mainwaring, David Collier, David Lehmann, Carlos Strasser, Francisco Weffort y Oscar Oszlak.

Aquí presentamos las desgrabaciones de algunos de estos maestros que nos visitaron aquel día, con orgullo de haber sido sus anfitriones, y de poder compartir sus valiosas y amistosas intervenciones sobre Guillermo O'Donnell, la figura más importante de toda la historia de la ciencia política argentina. Vaya nuestro agradecimiento para ellos, y también para Pablo Garibaldi por haber coordinado y revisado el trabajo de los alumnos y graduados Albertina Maranzana, Mariano Pintos, Anabella Molina, Diego Eelearsnyder, Javier Schlegel, Natalia Cabral y Sofía Dascolias, que desgrabaron —y en algunos casos tradujeron— las intervenciones.

Martín D'Alessandro
Director



Viñador



Cervecerero



Carretero

Philippe Schmitter

Muchas gracias por la invitación. Voy a intentar hablar en castellano, pero no estoy muy acostumbrado. Les van a llegar muchas palabras en italiano, pero me imagino que en Buenos Aires eso no disturba mucho.

Una cosa de Guillermo, la cosa más importante, y yo aprendí muchas cosas de él, fue la de ser un científico político responsable. En primer lugar, ser un politólogo responsable quiere decir que un politólogo tiene que tener un interés, yo diría hasta una pasión por la política, y tiene que aprender, si ya no lo ha aprendido automáticamente, a pensar como un político. Tiene que poder penetrar dentro de la mentalidad de los sujetos a los que está estudiando. Lo que quiere decir que no se puede imaginar que los políticos se comportan como consumidores u otros tipos de actores colectivos. Hay una lógica específica de la política, y es una lógica muy general, no tiene nacionalidad y no tiene ninguna cultura particular.

Creo francamente que Guillermo quería ser un político, que ello venía en su ADN. Pero por razones obvias, no nació en un país y un tiempo digamos «apropiado» para esta profesión. Finalmente, después de ser abogado, se convirtió en politólogo. Y yo tuve la fortuna de trabajar en varios proyectos con él. El problema principal para él era que tenía la buena y la mala fortuna de pasar una buena parte de su vida profesional en los Estados Unidos, lo que quería decir una carrera más asegurada, le pagaban bien, y llegó a ser jefe de un gran instituto, que tuvo un impacto realmente muy importante no sólo sobre las ciencias sociales en América Latina, sino también dentro de la ciencia política americana. Me dije-

ron, yo no lo sabía, que llegó a ser vicepresidente de la Asociación Americana de Ciencia Política. Yo también lo fui, siendo el único cargo «bueno» en toda mi vida, a diferencia de Guillermo, que tuvo un gran número de cargos, como ser presidente de la Asociación Internacional de Ciencia Política.

Pero Guillermo, por esa pasión por la política, esa actitud de responsabilidad al cargo de politólogo, no formaba parte de ninguna de las escuelas que dominaban la ciencia política americana. Era realmente único, tenía un método y también un *approach* general a la ciencia política que no cabían dentro de los compartimentos de la ciencia política americana. En cualquier caso, seguía siempre su propio camino de responsabilidad, a pesar de un ambiente profesional, sobre todo en la ciencia política en general de los Estados Unidos, que no le era muy favorable.

En segundo lugar, Guillermo escribía y pensaba no como un académico, sino como un intelectual ciudadano, que obviamente se orientaba hacia problemas de la democracia por razones obvias de su origen nacional, pero también de la fortuna de América Latina en esta época. Él tenía obviamente sistemas políticos específicos, sobre todo la Argentina, pero escribía para una audiencia no nacional, sino general; no sólo latinoamericana, sino yo diría mundial, en un mensaje, en un lenguaje que era siempre claro. Debo decir que reescribí muchos artículos en el libro. Él tenía un vocabulario algo barroco, tipo español, entonces yo tenía que hacerlo más anglosajón. De igual manera, siempre escribía para una audiencia no profesional, no escribía para los otros politólogos, sino para los ciudadanos, argentinos o

de otros países. De este modo, tenía una capacidad remarcable de inventar conceptos nuevos que han captado el sentido sobre todo de relaciones nuevas, o relaciones que la ciencia política «ortodoxa» no tenía en cuenta, como por ejemplo el «autoritarismo burocrático» o la «democracia delegativa». Son conceptos que eran muy difíciles de traducir en términos cuantitativos y también en observaciones específicas, pero que captaban la naturaleza general de diversos fenómenos emergentes en la política real. Mi favorito es, en el libro que escribimos en conjunto, la distinción entre «blandos» y «duros», como dos facciones dentro de la transición, que no eran equivalentes a la derecha o a la izquierda, pero que tenían un sentido más amplio de agregación.

En último y tercer lugar, en los últimos años de su producción intelectual, pero desde siempre, Guillermo tenía este énfasis sobre lo que se llama en inglés *agency*, la agencia: la capacidad individual o colectiva de actuar y cambiar la situación existente. Esta es realmente la base de la política: si no hubo o no hay agencia en un determinado sistema, no hay política, más especialmente hay dominación y repetición, «rutina». Entonces Guillermo ponía el énfasis no sobre los dos factores que Maquiavelo siempre indicó —necesidad y fortuna— sino en la virtud: la capacidad de los actores de actuar autónomamente y crear diferencias en el *outcome*, en el resultado. Él creía, finalmente, que era la responsabilidad no sólo de los ciudadanos y de los líderes, sino también de los politólogos, de actuar como agentes, no sólo defendiendo la situación exis-

tente, sino cambiándola. El politólogo tenía la responsabilidad de identificar y crear espacios donde se pudiera ejercer agencia y cambiar la situación política. Esta era la primera responsabilidad de un político responsable.

Guillermo y yo, por razones puramente momentáneas, accidentales, nos juntamos esencialmente por un contexto político dramático, producto de dos *backgrounds*, no totalmente diferentes pero sí muy diferentes. Y desde allí, habíamos entrado no sólo en un producto común bastante intensivo y extensivo, sino también en una amistad muy intensa de muchos años, que compartimos obviamente con Gabriela y con Terry a través del tiempo. Creo que esta amistad y esta actitud compartida sobre la responsabilidad del politólogo, ha resultado en una obra mucho mejor que la que él o la mía solos hubiéramos podido producir. Es un producto del cual estoy muy orgulloso, y que en muchas de las partes escritas en conjunto no tengo la menor idea de quién de los dos precisamente ha escrito esto o aquello. Esto es producto no sólo de una convergencia intelectual, sino también de una amistad muy profunda y de una confianza mutua. Considero que eso es un aspecto de las ciencias sociales hoy en día, porque frecuentemente generan productos conjuntos entre varias personas. Es muy importante que no sea solamente un conjunto intelectual, sino también un factor de la amistad, de la confianza entre los dos.

Guillermo fue una fuente de inspiración intelectual. Voy a extrañarlo. Muchas gracias.



Proveedor



Espiciero-droguero



Carpintero

Terry Lynn Karl

Estoy mirando este panel y estoy pensando que estamos en Buenos Aires, en la universidad de Guillermo, la casa de Guillermo, con todos estos argentinos, con un panel que tiene un chileno, un brasileño, dos hombres del mundo que han trabajado en Estados Unidos pero también en África, en Medio Oriente, en otras regiones (Asia, Europa del Este, Europa del Oeste), y estoy pensando también, mirando a la gente del Instituto Kellogg, una institución que para Guillermo era uno de sus premios en la vida —el poder crear en Estados Unidos un área para el estudio de América Latina—, y pienso en todo lo que Guillermo ha hecho, en Chile, en Brasil, en Argentina, en Estados Unidos, en Asia, en Corea, etc.

Necesito hablar en una forma muy personal, ustedes disculpen. Soy la única mujer aquí y eso me lo permite. Cuando yo era estudiante de doctorado, toda la gente de este panel eran mis profesores, al menos porque tenía que leerlos. Pero cada vez que escucho algo de la deuda latinoamericana, pienso en la deuda que yo tengo principalmente con Guillermo en mi carrera. Este libro que tengo en mi mano, *Modernización y autoritarismo*, era el comienzo de mi carrera. Al principio, conocí a Guillermo sin conocer a Guillermo, porque tenía que leer este libro con Scott Mainwaring y otros en mi universidad. Este libro tiene unas notas al pie en el capítulo 2 que dicen que su argumento vale para todos los países que está estudiando, pero que no está estudiando a México ni a Venezuela, y en este último caso porque Venezuela no tenía el mismo ritmo de cambio del resto de América Latina —

recuerden cuando Argentina estaba bajo los militares, Venezuela era una democracia—. Él dijo eso y yo no entendí por qué. En ese momento yo estaba buscando el tema de mi tesis doctoral. Había seleccionado trabajar sobre Cuba, pero mi departamento era completamente derechista en ese momento, con la excepción de mi asesor, y la derecha dijo que no podía estudiar Cuba porque no estaba en América Latina sino en el campo socialista. Y mi profesor me dijo: «Tú no puedes estudiar Cuba, porque si comienzas así vas a destruir tu carrera». Entonces, al leer este libro y ver esos pies de página, dije: «OK, voy a Venezuela». Entonces fui a Venezuela, y entendí que la razón de que Venezuela no seguía el mismo ritmo de cambio político del resto de América del Sur era el petróleo. Entonces escribí mis primeros artículos y un libro diciendo que la razón por la que Venezuela es una excepción en toda América Latina es su petróleo, lo que explica las notas al pie de página de Guillermo. Todo esto me llevó a escribir un libro que se llama *La paradoja de abundancia*. Guillermo escribió algo muy lindo detrás de eso y comencé a trabajar sobre petróleo, pero no solamente en eso. Yo acababa de escribir un trabajo explicando la transición democrática de Venezuela hablando de pactos políticos. Entonces Philippe y Guillermo me invitaron a ser la única mujer en esa época en el proyecto de transiciones democráticas, porque estaba escribiendo sobre el papel de los pactos políticos, incluyendo un pacto sobre petróleo en este proyecto de transición. Comencé a trabajar con Guillermo y Philippe y a pensar —también me conseguí un marido— en

modos de transición democrática y pactos políticos, lo que llegó a ser un tema muy importante no solamente en el proyecto nuestro sino en el caso chileno, en el caso de El Salvador, en el caso de muchos otros países.

Y sigo con los pies de página porque hubo otro, el número 20 del capítulo 1 del libro de Guillermo, donde él dice que no va a hablar de Centroamérica. Y entonces me di cuenta de que estaba trabajando sobre transiciones. Y si aquellos pies de página me habían ayudado tanto, entonces me dije: «Voy a agarrar ese otro porque quizás voy a tener más éxito todavía». Entonces fui a Centroamérica. Allí me di cuenta, gracias a toda esa experiencia de la gente en ese proyecto sobre transiciones, de que allí no era un problema de blandos y duros, sino un problema de duros y duros. Entonces escribí una cosa que se llama «Transiciones de guerra», tratando de utilizar el «libro verde» de Guillermo y Philippe, pero pensando en las transiciones en Centroamérica. Además escribí un artículo utilizando todas las ideas en una discusión con Guillermo y con Philippe en la que yo decía: «Guillermo, ¿qué hacemos cuando son duros y duros, cuando no hay moderados, cuando ya son dos grupos armados, cuando la guerrilla es muy poderosa pero también el ejército?» Entonces tuvimos todas esas conversaciones, yo escribí esa cosa, y esa cosa fue reducida a un artículo en el *New York Times*. No estoy tratando de hablar de mí, sino de la trayectoria del argumento de las transiciones, de ese argumento del empate que describió Guillermo, en su forma tan clara, sobre el mecanismo de la políti-

ca. Porque él entendió la política. Esa idea de transiciones desde un empate, donde uno no podía ganar sobre el otro y donde debía darse un acuerdo, ese argumento, fue la base de los acuerdos de paz en El Salvador. Ahora han pasado veinte años desde ese acuerdo de paz, que Naciones Unidas considera como el más exitoso que ha tenido. Yo fui al aniversario de ese acuerdo y todo el mundo estaba hablando del empate, de la necesidad de pactos políticos, de la necesidad de un acuerdo entre militares y civiles, de la necesidad de un acuerdo entre los ricos y los pobres, de eso y de lo otro, sin saber de dónde salieron todas esas ideas, sin saber que ellos tenían una gran deuda a un argentino que no conocían. Entonces todo eso de los pies de página no está mal, ¿verdad?

Pero necesito decir algunas otras cosas. Tuve mucho en común con Guillermo. Nosotros comenzamos a conocernos quizás por nuestras amistades en común, etcétera, pero principalmente por nuestros intereses políticos. Los dos estábamos muy adentro de la política. Recuerdo una conversación cuando comencé a trabajar sobre derechos humanos internacionales en vez de derechos civiles en Estados Unidos. Estaba en Chile, y tuve una conversación muy importante con Guillermo porque le dije: «Guillermo, mi departamento dice que si sigo con esto voy a tener problemas con el *tenure*, me han dicho eso directamente, necesito esconder algo que me da tanto orgullo». Entonces Guillermo me respondió: «¿Qué es más importante: los derechos humanos o tu carrera?» Entonces seguí trabajando con los problemas de desigualdad, porque



Molinero



Panadero



Tonelero

Guillermo era el ejemplo de una persona que podía trabajar sobre derecho, sobre derechos humanos, sobre desigualdad, sobre el Estado, sobre la sociedad civil, sobre la solidaridad de pensar siempre en la necesidad de tener una identificación con los que no tienen, con los que no tienen poder o con los que sufren de un abuso de poder.

Guillermo entendía el poder y la falta de poder mejor que cualquier otra persona que conozco. Un día hace muchos años le dije: «¿Por qué conoces tanto y entiendes tanto del mecanismo del poder?» Y tuvimos una conversación que quiero compartir aquí. Él me dijo que cuando una persona es una persona con una discapacidad, en algunos momentos tiene en su cuerpo la idea de lo que es el poder y lo que es la ausencia del poder. Y nosotros comenzamos a hablar de eso (yo también soy una persona con una discapacidad) y decidimos juntos, pero más él, que era una gran ventaja el ser politólogo así, porque nos dio —lo más importante creo yo en la vida intelectual de Guillermo— un sentido moral muy fuerte de iden-

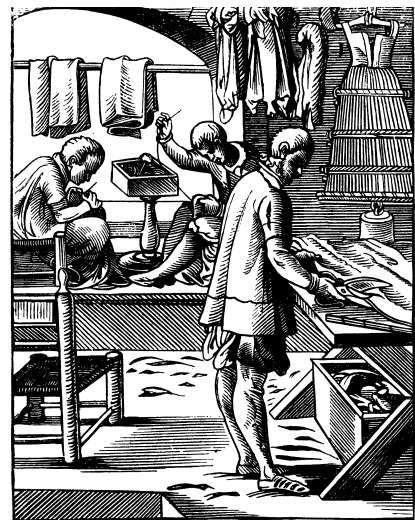
tificación con los que sufren abusos de poder, que sufren pobreza, que sufren desigualdad, que sufren la ausencia de dignidad en la vida. Además, para nosotros era una gran ventaja porque tuvimos mucho más tiempo para leer que cualquier otra persona, porque no pudimos hacer deportes u otras cosas, lo cual era una gran ventaja. Él también dijo que nos dio un mejor sentido de la política, y paradójicamente le dio a Guillermo un sentido de optimismo tan grande, tan increíble. Esa conversación tuvo lugar en un congreso, en el gran baile donde todo el mundo estaba bailando y nosotros dos allí, en la esquina, hablando de esas cosas. Después, comenzó una canción de los Rolling Stones y yo le dije a Guillermo: «¿Quieres bailar?» Y él dijo: «Si podemos caminar, podemos bailar». Eso era Guillermo, si puedes caminar, puedes bailar. Y él sigue ahora bailando con Gaby. Él me dijo que tuvo la gran fortuna de encontrarse con Gaby. Pero lo que recuerdo es esa frase: «si puedes caminar, puedes bailar». Y todos bailamos con Guillermo con nuestras ideas. Gracias.



Carnicero



Cocinero



Sastre

Alejandro Foxley

No es fácil hablar después de las excelentes intervenciones que hemos escuchado hoy. Sin embargo, yo quisiera, desde una perspectiva muy personal, recordar a una persona que marcó mi vida y la vida de muchos otros, en un momento muy difícil para la convivencia entre personas en América Latina, y sin duda en Chile.

Nosotros en Chile vivíamos una dictadura extremadamente prolongada. Recuerdo que los científicos políticos en los seminarios internacionales hacían un diagnóstico acerca de los países que podían o no transitar a la democracia, y el caso de Chile siempre era un caso perdido. Era un caso en el cual la suma de los factores y fuerzas parecían indicar que la transición estaría muy lejos. En ese período, naturalmente, los que estábamos en la oposición, tendíamos a sumirnos en una situación de pesimismo, y una cierta desesperanza. En esos momentos conocimos a varias personas no chilenas que tuvieron una influencia muy impresionantemente para ayudarnos a cambiar esa perspectiva, y el principal fue Guillermo O'Donnell.

¿Por qué? Primero porque Guillermo O'Donnell compartía con nosotros un compromiso personal a fondo con la libertad, con la necesidad de recuperar la libertad, y de construir o reconstruir una democracia. Sentíamos en él la misma fuerza que sentíamos nosotros frente a todo aquello que en la vida cotidiana en la dictadura —y en las dictaduras— producía rechazo, su capacidad de empatía y también de sentir el dolor. Todos estábamos confundidos con unos cuadros políticos, sociales, personales y familiares que se veían agitados continuamen-

te. Y de repente, esta persona con la cual sentimos esa profunda empatía empezó a escribir, o por lo menos nosotros empezamos a leer lo que él escribía. Y como lo han dicho algunos de los que me han antecedido acá en el uso de la palabra, escribía en un lenguaje fuerte, de a ratos bastante complejo, pero que llegaba al fondo de los hechos sociales que nos estaba tocando vivir. Y lo que es más importante, nos ayudaba a empezar a comprender lo que vivíamos, la gravedad de la situación que estábamos viviendo. Y eso mismo nos hacía mirar hacia adentro para tratar de sacar fuerzas capaces de iniciar un cambio, y sobre todo de promover la acción en estas situaciones tan cerradas.

Es curioso que a medida que fuimos siendo capaces en Chile de ir abriendo el camino hacia la democracia, Guillermo siempre era una especie de compañía en cierta medida exigente. Por ejemplo, habíamos vivido en Chile el «milagro» de los «Chicago boys», y Chile era el país modelo en la prensa internacional respecto de lo que había que hacer para avanzar en el desarrollo económico. Guillermo siempre fue extremadamente exigente en las discusiones que teníamos, para decirnos: hay que ir a fondo para responder a aquello, hay que ser capaces de articular una visión que dé cuenta de la nueva realidad, de la modernización que está surgiendo del autoritarismo y de construir una manera de mirar el mundo y la economía, que sin renunciar a ese proceso de modernización, ponga en el centro de la preocupación la equidad, la justicia social,

el preocuparse por los que están fuera del sistema, el preocuparse por los que lo pasan mal en la vida, y dar paso a paso un camino en dirección de una economía más humana.

Y en segundo lugar, lo que nos impresionaba entonces y nos sigue impresionando, era la enorme capacidad de anticipación de esta persona que estaba, a veces, encerrado en su oficina o en su casa. A veces, allá en South Bend, Indiana. Y sin embargo, estaba escribiendo acerca de procesos que venían, haciéndolos inteligibles, y advirtiéndonos de los riesgos que implicaban. Aquí se mencionó uno de esos conceptos, el de democracia delegativa. En una de las etapas en la que yo estaba anteriormente, en el gobierno de la presidenta Bachelet, me tocó hacerme cargo de la Cancillería. Yo no era especialista en política internacional, pero sí me tocaba ver un cuadro latinoamericano extraordinariamente complejo, y a ratos muy confuso. Y escuchar discursos sumamente discordantes y algunos planteamientos difíciles de entender, a pesar de que hablaban en nombre del pueblo y de nuestros pueblos. Entonces, cuando leí acerca de las democracias delegativas, entendí lo que estaba por debajo de ese proceso: democracias que empezaban a delegar el poder en la autoridad, restándole poder a todos los otros sectores de las instituciones o de la sociedad civil. Guillermo tenía una impresionante capacidad de anticipación.

En lo que fue esta relación de estrecha amistad y gran admiración por lo que hacía Guillermo O'Donnell, voy a mencionar dos hitos. Uno fue compartir experiencias vitales, y ahí me refiero al período peor, el de las dictaduras en nuestros países. A través de la participación en algunos seminarios internacionales se empezó a tejer una red de personas en la cual estaba Guillermo, en algún momento estuvo Fernando Henrique Cardoso, Francisco Weffort, personas que en Argentina formaron luego un grupo que llamó el CEDES, y nos empezábamos a reunir en una forma totalmente informal. A menudo terminábamos en la casa de campo de Fernando Henrique Cardoso. Y eran momentos realmente para estar muy apesadumbrados. Durante el día discutíamos ideas brillantes de todos —excepto del que habla—, tomábamos notas, y me acuerdo que al fin de la tarde empezaba el partido de póker, donde el más astuto, sabio y pícaro —y hasta malicioso— de los juga-

dores era O'Donnell, que nos ganaba desde luego a todos. Y aprendimos a reírnos con él, aprendimos a gozar de los momentos que era posible compartir en una etapa tan difícil en nuestros países.

Y después nos tocó, de nuevo, por esas circunstancias de la vida absolutamente impensadas, que una universidad en South Bend, Indiana, la Universidad de Notre Dame, nos convocara a Guillermo O'Donnell y a mí para organizar un instituto de estudios internacionales. Era un momento en el cual, por lo menos recuerdo muy bien el caso mío, estábamos sin horizontes en el país. Nosotros habíamos publicado —yo dirigía el mismo centro de estudios que ahora, el Cieplan— mi primer libro. Lo mandamos a la oficina de censura, y nunca me lo devolvieron. No dijeron sí, no dijeron no, no dijeron nada. Entonces, con una astucia en la que Guillermo O'Donnell era tan bueno y me contagié en algunos momentos, lo que hicimos fue separar el libro en sus capítulos, los convertimos en documentos de trabajo y lo repartimos igual como si hubiera estado en librerías. El segundo libro duró veinticuatro horas en librerías y fue requisado. Bueno, viviendo en ese clima, que vengan de una universidad de Estados Unidos y le digan a dos personas del mundo más bien intelectual: «Vengan ustedes para acá, van a tener todo el espacio que quieran, inventen un instituto de estudios internacionales», era algo muy marcador en la vida, muy impresionante. Y desde el primer día, Guillermo le puso su sello y su impronta, porque él sugirió que la primera reunión de trabajo de este sesudo centro —imagínense ustedes dónde sería— fuera en la playa de Leblon, en Río de Janeiro. Nos estrechamos las manos y dijimos «¡Vamos adelante con este proyecto!». Guillermo fue el director académico, el inspirador, el líder, el que creó numerosas redes de un centro que invitó a reflexionar a intelectuales y políticos de primer nivel de América Latina. Entre ellos, Manuel Antonio Garretón, que ha sido uno de los hombres que más ha marcado toda esta discusión en Chile sobre autoritarismo, democracia, y también, igual que Guillermo, una voz permanentemente crítica que nos sigue hablando al oído diciéndonos que no debemos ponernos autocomplacientes, que es mucho lo que falta por hacer, y que hay muchas cosas que hemos hecho mal.

Quiero terminar diciendo que la conclusión que yo saco de este encuentro fortuito, tantos años

atrás, con una persona como Guillermo y otros de la misma generación, es una fuerte convicción respecto de la fuerza de las ideas. Cuando partimos, partimos de un mundo que no tenía ninguna esperanza. Escribíamos artículos que nadie leía, literalmente. En el caso nuestro, pasaron años en los que escribíamos y escribíamos y nadie leía nada. Porque estaba la censura, o porque éramos muy aburridos, o porque la gente tenía demasiadas angustias en su vida cotidiana y su falta de libertad como para leer aquello. Algunos escogieron, como Guillermo, seguir profundizando en eso y alimentar a todo el resto. Otros, inducidos por esa reflexión y por esa interacción, en esa red informal que teníamos en América Latina, sin darnos cuenta empezamos a caminar hacia el mundo de la acción. Queríamos cambiar las cosas, y teníamos que hacer lo que podíamos para cambiarlas, y terminamos en numerosos cargos de gobierno y viviendo una democracia muy imperfecta en Chile, pero al final una buena democracia.

Si algo les puedo decir a los jóvenes que hoy nos acompañan, les digo: crean ustedes en la fuerza de las ideas, crean ustedes en lo que le escuché una vez a la presidenta del MIT: en el aprendizaje colectivo y cooperativo. Tal vez durante el día uno se pone un delantal blanco, entra a un laboratorio y cree que lo que está haciendo no tiene ninguna repercusión. Reúnanse al fin del día con los otros que están haciendo lo mismo, y van a salir ideas que van a empezar a permear la sociedad y a cambiarla.

Este pequeño homenaje de hoy es un homenaje a una persona por la cual sentí y siento una muy estrecha y profunda amistad, un respeto por su brillo intelectual, por su creatividad. Una persona que nos marcó a muchos en un período clave de nuestras vidas, una persona que le dio un sentido de urgencia a la tarea intelectual. Una persona cuya vitalidad y sentido del humor nos hizo emprender este camino con sabiduría, con liviandad y con un enorme sentido de solidaridad con los que están mal, con los que la vida les ha puesto más dificultades, con aquellos que dicen que si se puede caminar, se puede bailar. Gracias.



Almazara



Tejedor



Calderero

David Collier

Lamentablemente no hablo español, disculpen. Voy a hablar en inglés así no perdemos tiempo. Voy a hablar sobre las excentricidades de Guillermo: hemos realizado locuras, y creo que es importante disfrutar hablando de ellas. En caso de que esto suene poco sentimental, debo decirles que cuando escribí esta ponencia, observé fotos de Guillermo y me encontré abrumado por múltiples sentimientos, por lo tanto no quiero que piensen que esta ponencia es poco sentimental.

Quiero comenzar con una de mis oraciones favoritas de él, que sólo consta de tres palabras: «la realidad obliga». Esta es la primera oración de un capítulo que Guillermo escribió, que trata sobre la aparición de fisuras y grietas en los regímenes Burocrático Autoritarios. El argumento era que el mundo había cambiado. Guillermo se encontraba empujando sus ideas hacia adelante y creo que sus remarcables largas décadas de creatividad y producción intelectual pueden ser vistas como respuesta a esta idea de que la realidad obliga. Él se encontraba constantemente avanzando, proporcionando poderosas conceptualizaciones sobre secuencias evolutivas de crisis, calamidades y éxitos ocasionales en la política argentina y latinoamericana.

Guillermo tenía conceptos definidos y tajantes, términos vívidos, algunas veces un tanto opacos, pero para todos nuestros conceptos, análisis y teorías, eran irresistibles. Como yo lo veo, era un análisis enfáticamente no marxista que observaba una serie de distintivos roles sociales que él había intrínsecamente conceptualizado, y sus actores claves, los sectores populares, habían sido articula-

dos de una manera muy particular y especial alrededor del concepto de «lo popular». Este concepto no englobaba a una clase social sino que atravesaba diferentes clases, y tenía que ver con una serie de imágenes de la relación de Argentina y países de América del Sur con el resto del mundo, con una sensación de vejación. Lo «militar» fue conceptualizado en términos de su propio concepto de «lo nacional». La idea de «roles tecnocráticos» también fue crucial en cuanto a las diferentes ideas que envuelven la nacionalización y la internacionalización. En definitiva, tenía actores estables claves que eran sustancialmente de su propia creación y que eran increíblemente vívidos para aquellos que leyeron sus trabajos.

En cuanto al campo de la política comparada, suele haber críticas relacionadas al ascenso y colapso de las teorías de política comparada, a cómo los cambios mundiales van acompañados de la desaparición de teorías ante el advenimiento de nuevas teorías. Sin embargo, creo que es notable que tanto en sus escritos sobre el colapso de los autoritarismos como en posteriores trabajos, los actores y roles sociales se encuentran siempre presentes y atractivos para el lector. Éstos se encuentran ahora en un nuevo contexto y persiguen diferentes objetivos, pero mantienen el mismo foco en cuanto a los roles sociales, lo cual considero que Guillermo tomó de David Apter, de Yale, en cuanto a la continuidad a través de la teoría. Una autora se refiere a las teorías en política comparada como castillos de arena que son arrastrados con cada nueva marea. En cuanto al trabajo de Guillermo,

no se trata de castillos de arena, sino de una poderosa continuidad de la teoría.

Ahora déjenme decirles, afectuosamente, que con esta elegante conceptualización solemos codificar algunos conceptos complicados del lenguaje. Yo realicé la traducción de un capítulo de *Modernización y autoritarismo*. Todavía me encontraba en la universidad. Fue un gran esfuerzo, una lucha, pero logré realizar casi toda la traducción excepto por un último párrafo que no podía descifrar. En ese entonces, había en Indiana un maravilloso historiador de la ciencia argentino que había escrito un libro estupendo sobre el Círculo de Viena, un hombre fabuloso, un gran intelectual, alguien a quien no debiera impacientarse un párrafo complicado. Él lo leyó, lo volvió a leer, y una vez más, se rió y me dijo: «David, no puedes decir eso en inglés». Finalmente acordamos con Guillermo la traducción de dicho párrafo, pero a veces el lenguaje es singularmente opaco. Bromeábamos ayer con Phillippe sobre la increíble y vívida prosa en el pequeño libro verde de *Transiciones desde un gobierno autoritario*, pero yo no estoy seguro de a quién atribuírsela, porque Phillippe también ha sido culpable de escribir una o dos oraciones largas durante su carrera.

A veces Guillermo realizaba locuras. *Modernización y autoritarismo*, obra que lo hizo famoso, podría haber sido su tesis doctoral en Yale, pero él tenía un *fellowship* que no podía mantener en caso de obtener su Ph.D. Por lo tanto, decidió dejarlo a un lado e hizo que su vida fuera más complicada, puesto que debió construir un proyecto sumamen-

te complicado con un inmenso archivo de datos, lo que le llevó un largo tiempo. Su reputación crecía fantásticamente con lo que todos asumían que iba a ser su tesis doctoral, pero no fue así. Finalmente aquél fue «simplemente» un libro que cambió el campo, algo así como un libro que cambió el juego. Eso fue realmente una locura. En 1975, él volvió a Argentina para fundar el «Centro de Estudios de Estado y Sociedad». Esto era una iniciativa sumamente heroica, pero considero que 1975 no era el momento más calmo en la historia política reciente de Argentina. Estábamos juntos en Princeton, y desde ese entonces yo lo llamé «el jugador». Le encantaba jugar, apostar. Yo consideraba que fundar un instituto de ciencias sociales en Argentina, en 1975, era una apuesta especialmente interesante.

También hemos escuchado referencias sobre el famoso encuentro en la playa de Río, en 1982, donde nació la idea del Instituto Kellogg. Fue una idea sumamente audaz y fue respaldada por personas maravillosas como Alfred Stepan, Theodore Hesburgh, Ernest Bartell, Alejandro Foxley, pero también existió mucha resistencia de Notre Dame, así como también acontecieron grandes y divertidas historias, como cuando criticaron la invasión a Granada por parte de Estados Unidos, por lo cual fueron castigados de varias formas, entre ellas no permitiéndoles retirar libros de la biblioteca por, por lo menos, un año. Pero pudieron superarlo, perseveraron, a pesar de una gran cantidad de obstáculos, gracias a la brillantez de Guillermo, y crearon un gran instituto.



Relojero



Sombrero



Tintorero

En resumen, era un hombre comprometido, brillante, incansable y tenaz así como también, cuando era necesario, era astuto debido a que era un trabajo duro ser un científico político responsable. A veces era un poco malhumorado, pero siempre era dedicado y asombroso. Hay otro lado de él del cual hablábamos esta mañana que se veía en su radiante y sincero rostro. Si ustedes piensan en un conjunto de personas que conocen y cómo sus rostros lucen, el rostro de él estaba lleno de amistad y

calidez. Si no tienen esa imagen presente en sus mentes, busquen fotografías de Guillermo. Él tenía un rostro absolutamente extraordinario, singular, notable, lleno de humanidad, el cual expresaba su amistad y su amor por otros, así como el amor de otros hacia él. Entonces ahí tenemos a Guillermo: brillante, un teórico consumado impulsado por compromisos morales prácticos, un jugador, ocasionalmente malhumorado, incansable y lleno de humanidad. Muchas gracias.



Artesano fabricando dedales



Artesano colocador de broches



Fabricante de espuelas, frenos y estribos

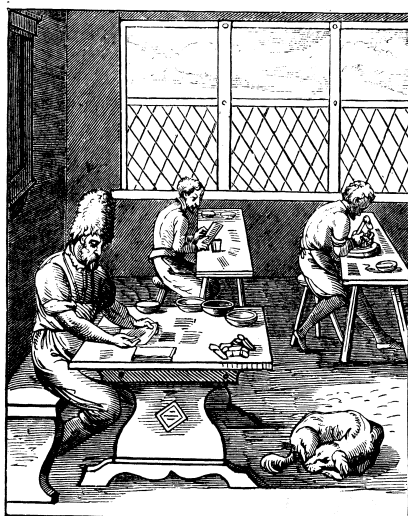
Carlos Strasser

Me ha sido más fácil hablar en cualquier otra ocasión. Hoy me siento un poco tocado por las circunstancias, la conmemoración de Guillermo, sobre todo por cómo nos conocíamos. Nos conocíamos desde el año 1954, hace más de cincuenta años. Teníamos 17 o 18 años cuando entramos a la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. En ese tiempo, los que después derivamos hacia las ciencias sociales, la ciencia política, la sociología, la historia, no teníamos mucha alternativa. No había carreras de sociología en Buenos Aires, ni de ciencia política, ni de economía. De manera que los que no rumbeamos para Filosofía, rumbeamos para Derecho. Ésa era la posibilidad que existía. Y así es que casi todos los que de mi generación terminamos en las ciencias sociales em-

pezamos siendo abogados. Ése fue el caso de Guillermo, el mío, el de Nun, de Botana y de tantos otros. Fue una camada única aquella del '54-'55 en adelante, justamente porque no había alternativas. Y nos juntamos todos allí. Desde entonces nos conocíamos. Y justamente en los últimos, en los muy últimos tiempos, desde que Guillermo volvió a Buenos Aires después de tantos años afuera, retomamos una amistad que la distancia y el tiempo habían interrumpido, pero que había comenzado en Derecho cincuenta y tantos años antes. Nos juntamos en bares, en almuerzos en la casa de él a discutir como no habíamos discutido en mucho tiempo. Discutimos temas de teoría política, a intercambiar figuritas, como decimos acá. A discutir. En muchas cuestiones no estábamos de acuerdo.



Peltrero



Fabricante d alfileres



Fabricante de bacías en cobre

Él era mucho más optimista de lo que era y soy yo con respecto al futuro de la democracia en nuestro mundo. Bastante más optimista él, bastante más pesimista yo. Como sea, en ese último tiempo retomamos conversaciones. Él me fue pasando capítulo por capítulo su último libro, y yo se lo fui comentando, capítulo por capítulo. Tengo los mails que le fui enviando. Quizás, Gabriela, todavía tengas algo en casa. Y no hace un año todavía que presentamos ese libro con Luis Tonelli en la Feria del Libro. No hace un año todavía, ¿se acuerdan ustedes? Y hace tan poco que se fue Guillermo. Siento la mano de él sobre la mía, todavía, mirándome en silencio y diciéndome adiós cuando se moría... Perdón, pero estoy muy conmovido.

Para ese mismo tiempo una hija mía encuentra en casa —hace poquitos meses, el mismo tiempo— una caja de cartón grandota que contiene pilas de cartas. En aquellos tiempos, porque no había e-mails, uno se escribía a menudo, continuamente, en papel, vía aérea si estábamos separados por las distancias de un país a otro. Y entre esas cartas que encuentra mi hija y que voy revisando, de amigos y colegas que nos escribíamos muchísimo hacia los últimos años '60 y los primerísimos '70, encontré esta carta de Guillermo, larga, tres páginas escritas a una línea a máquina, membrete Guillermo O'Donnell, fecha Buenos Aires, 26 de octubre de 1967.

Es Guillermo O'Donnell convirtiéndose, como tantos otros, de la abogacía y del derecho hacia la ciencia política. Empezando la conversión. Todos nosotros renegamos de la abogacía cuando abandonamos el derecho, y con los años todos terminamos reconociendo lo que el derecho hizo por nuestra formación intelectual. Me lo decía Eduardo Rabossi, Secretario de Derechos Humanos de Raúl Alfonsín: «Te das cuenta, Carlos, todos nosotros abandonamos el derecho y renegamos de la abogacía. Y hoy todos terminamos recuperando lo que

aprendimos hace tanto tiempo». Lo digo porque en este último libro de Guillermo, él vuelve como nunca a la historia del derecho. Y recupera toda la historia. Esto le ha pasado, dicho sea de paso, a Max Weber, a Carl Schmitt, a Bobbio y a todos los que fueron abogados y estudiaron derecho antes de convertirse a la ciencia política. Y a mí me pareció lindo traer esta carta acá y leerla en parte —es demasiado larga— porque esta es la foja uno de Guillermo O'Donnell politólogo. Esta carta me la manda a Berkeley, donde yo estaba estudiando con Schmitter, con David Apter, entre otros. Y dice:

«26 de octubre de 1967. Querido amigo: te escribo estas líneas... Luego de largas meditaciones he resuelto quemar las naves, sacrificando el factor seguridad de un estudio relativamente próspero y etcéteras adjuntos, en aras de darme cuenta que opto hoy por seguir lo que es mi clara vocación por la ciencia política, o en cambio sigo siendo toda mi vida un abogado sin vocación y un diletante macaneador en ciencia política (...) No te oculto que pesa también en esta decisión mi absoluto desacuerdo con lo que está pasando en nuestro pobre país, desacuerdo que, resultado del periplo arriba mencionado, me pone en profundo desacuerdo con mis amigos, partes de un medio que no puede ni quiere estar en contra seriamente de todo lo que ha ocurrido, ocurre y ocurrirá en la Argentina (...) Tras mucho pensarlo, la decisión de quemar naves obedece a la necesidad de prepararse en serio para seguir una vocación, y ocurre que a nuestra edad —teníamos 30 por ahí entonces, nos habíamos recibido algunos años antes— lo hago ahora o me doy cuenta que no lo haré nunca más».

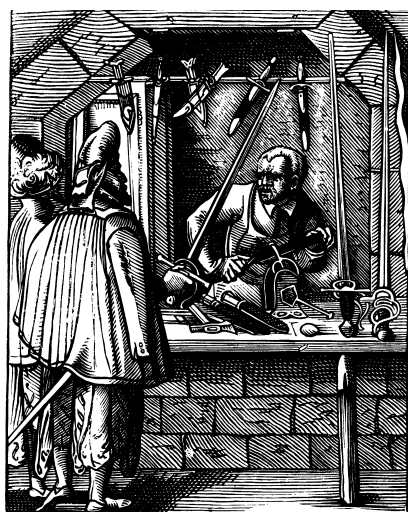
Y lo hizo. Por ahí más adelante en la carta cuenta: «No tengo más que 200 dólares por mes para enfrentar esto, contame cómo se hace». Bueno, detalles de lo que fue una peripecia personal que triunfó, como todos ustedes saben que ha triunfado. Foja uno de Guillermo O'Donnell politólogo. Gracias.

Alfred Stepan

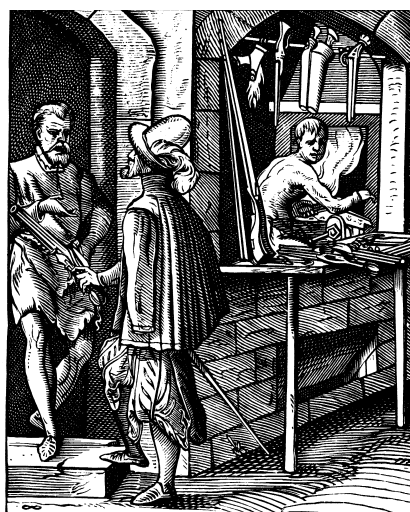
Luego de veinte años, he pasado más tiempo en Europa del Este, India, Indonesia y Túnez que en otros países, por lo que hablaré en inglés. Me disculpo. Anoche se me pidió que hablara sobre cuál era el libro de Guillermo que más me gustaba. Bueno, en verdad es una decisión difícil. Así que haré trampa. Haré referencias a un libro y un artículo.

Tuve la gran suerte de encontrarme con Guillermo cuando ingresé a la primera clase que di como docente en mi vida, en enero de 1967. Siento el ser docente y profesor como un don, a la vez que una vocación. Guillermo me enseñó algo a lo cual aún hago referencia en prácticamente todas mis clases cuando me encuentro con los alumnos por primera vez. «Miren, todos ustedes están en esta clase porque son alumnos excelentes, pero ustedes vie-

nen aquí en verdad para devenir importantes académicos». Ambas son cosas completamente diferentes. Un estudiante importante es un maestro de la literatura existente. Un académico importante conoce aquella literatura pero en algunas áreas se siente incómodo con ella, puesto que siente que no puede explicar todos los fenómenos importantes con los que se halla involucrado en el mundo de su tiempo y, básicamente, comienza a desarrollar ideas para trascender esta literatura no sólo negativamente, sino para crear una alternativa positiva. Si eso alguna vez pasa, es positivo para todos. Guillermo, en la primera clase que di en mi vida, comenzó a hablar sobre lo que no le gustaba del enfoque socioeconómico de la democracia de-



Cuchillero-espadero



Arcabucero



Minero

sarrollado por Lipset. Sostenía que había diversos tipos de desarrollo económico continuo que no llevaban a la democracia, sino al quiebre democrático. Luego de tres o cuatro semanas, comenzó a llamar a estos casos «autoritarismos burocráticos». Estaba creando. Estaba poniendo en acción frente a todos, incluyendo a este profesor novato, el mejor ejemplo que creo alguna vez haber tenido. Y es aún el ejemplo del que hablo, puesto que la gente no debería ser estudiante en los posgrados. Es una pérdida de su tiempo. Si sólo pueden ser estudiantes, entonces que se dediquen a otra cosa. El acto de crear una palabra importante como ésa no es para mostrar erudición al profesor y a la clase, sino que también, en caso de que sea realmente buena, tendrá un impacto en toda la comunidad intelectual y crítica inmediata. En aquél entonces, los años '60 y '70, Yale tenía desde hacía veinte años el departamento de ciencias sociales número uno en el mundo. Dentro de allí, e incluso dentro de los Estados Unidos, el líder moral e intelectual hasta cierto punto era probablemente Robert Dahl. En su autobiografía, Dahl dice que tuvo muchos alumnos en su vida pero sólo menciona un estudiante por su nombre. Ese estudiante es Guillermo O'Donnell. Bob se sintió tan movilizado por la emergente comunidad intelectual interesada en Latinoamérica que incluyó en *La poliarquía* una discusión sobre Argentina. No creo que esto constituya la mejor parte del libro, pero revisa un paper de Guillermo como parte de esto.

Uno de los más importantes teóricos de la modernización de aquél entonces era David Apter. David Apter vino a la Argentina, luego visitó Perú y aprendió un buen español. Cuando llegó a la conclusión de que el libro de Guillermo *El Estado Burocrático Autoritario* quizás nunca fuera publicado en inglés dado que necesitaba una traducción minuciosa, decidió invertir la mayor parte de un año sabático para traducirlo. Esto constituye un acto de enorme reconocimiento para el trabajo de otro académico, y a la vez un acto de amistad en comunidad. Guillermo fue parte de eso, y eso es lo importante.

Juan Linz era un especialista español, desde ya, y un gran teórico del autoritarismo, pero Juan también era parte de aquella comunidad y comenzó a hablar con Guillermo O'Donnell. Estaban en desacuerdo en verdad en una increíble cantidad de co-

sas, pero siempre se trataron con el mayor de los respetos. Juan no puede estar aquí, pero nos dio una nota manuscrita de unas quince páginas, una de las últimas cosas que escribió a Guillermo. Juan encontró esas notas. Actualmente está muy enfermo como para viajar, pero anoche llamó para asegurarse de que le diéramos las notas manuscritas a Gabriela.

También encuentro muy importante este libro, simplemente para mi propia vida intelectual. Mi propia vida intelectual y política se vio marcada por muchas personas de la oposición en Egipto y Túnez. Lo que realmente vi allí me sorprendió sobremanera. Había llegado con unos días de anticipación a Egipto y pasé uno dos o tres días hablando durante doce horas diarias con la gente en la Plaza Tahrir. Una de las cosas que emergía de las conversaciones con ellos, los cuales muchos eran liberales —se consideraban a sí mismos seculares y liberales—, es que se encontraban en un juego imposible. No lo llamaron «juego imposible», pero tenía toda la lógica de un juego imposible. Básicamente, si hubiera elecciones completamente libres y justas, los islamistas ganarían y gobernarían de forma no democrática. Entonces, ¿qué se suponía que hicieran? Hicieron lo que mucha gente en Argentina hizo en su momento: comenzaron a hablar con los militares. Transcurrieron tres o más horas en esa discusión, cuyo tema parecía que era la manera de construir instituciones democráticas, pero en verdad versaba sobre la manera de construir un listado de cien personas que debían redactar la nueva Constitución, de los cuales no más del 10 por ciento debía ser de la Hermandad Musulmana. Ellos querían que los militares establecieran, estipularan eso y seleccionaran las personas de la lista, o esto fallaría. Aquello se acerca mucho a lo que están haciendo actualmente. Fallido aquel intento, los militares debían redactar la Constitución antes de que la Asamblea Constituyente fuera electa. La Hermandad Musulmana se involucró y dijo: «Miren, mucha gente no confía en nosotros, pero queremos ser el primer grupo de la Hermandad Musulmana en controlar un país luego de estas elecciones, así que haremos algunos acuerdos con ustedes. Ustedes pueden mantener —lo que Manuel Antonio Garretón llamó— dominios reservados». En verdad permitieron que los militares egipcios mantuvieran muchos dominios reservados. Así que

los liberales se acercaron a los militares con su propia forma de aplicación brumaria y lo mismo hicieron los musulmanes. Creo que las chances de que haya un resultado absolutamente democrático en Egipto son muy muy bajas en el futuro próximo.

Túnez, en cambio, tenía algunos elementos del juego imposible, pero la gente logró trascenderlo. La gente sabía que si los seculares no confiaban en los islamistas, armarían a la policía y al ejército, que eran relativamente débiles, pero que si se tornaban políticamente necesarios, se los armaría, realizando un intercambio brumario. Escuché este tipo de propuestas a principios de marzo. Cuando regresé, en junio, no volví a escuchar a nadie manifestar aquello, ni de parte de los islamistas ni de parte de los seculares. ¿Qué pasó? No lo pude descubrir en marzo ni en junio, recién llegué a comprenderlo en diciembre. Hablaré sobre ello en un artículo que publicaré el mes próximo, en donde haré algunas comparaciones entre los casos egipcio y tunecino. Pero en esencia, lo que ocurrió fue que hace ocho años la gente se dio cuenta de algo importante, como en Chile cuando el plebiscito se llevaba a cabo bajo Pinochet, cuando llegaron a la siguiente conclusión: «los demócratas cristianos y el Partido Socialista tenemos que empezar a tener un acuerdo, compartimos un mismo enemigo común, Pinochet (¡y qué enemigo!), pero tenemos que hacer que la gente crea que podemos hacer cosas, que podemos realmente cooperar y que no haremos las cosas que más temen que hagamos». Así que realmente trabajaron en ello y acabó siendo una de las coaliciones dura-

deras más exitosas en la historia de las transiciones democráticas. De lo que no se escribió absolutamente nada, es que lo que ocurrió en Chile fue realizado hace ocho años en Túnez. En octubre de 2003, seis de los partidos que hoy controlan el 70 por ciento de las bancas en la Asamblea Constituyente se encontraron en Aix-en-Provence y en París, y hablaron esencialmente sobre la existencia de una situación de juego imposible, a menos que cada uno cambiara las actitudes para con los otros y se negociaran alternativas. Lo que se demandó por parte de los seculares fue que Al Nahda, liderado por Rachid al-Ghannouchi, aceptara que la única fuente de soberanía son los ciudadanos individualmente, y que si se quería un Estado cívico en vez de un Estado religioso, el Estado cívico se generaba por el voto de los ciudadanos. Quizás pueda existir una Ley de Dios, pero son las personas las que redactarán la Ley. Túnez tenía el código sobre las mujeres más progresista de todos los países del mundo árabe.

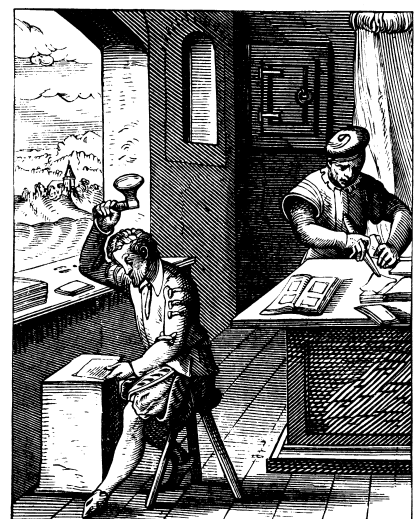
Muchas mujeres progresistas podrían pensar también que enfrentaban un juego imposible. Que si hubiera democracia, los islamistas triunfarían y los derechos de las mujeres se verían severamente erosionados. Esto estaba sobre la mesa. La única garantía creíble era hacerles aceptar el código femenino existente y luego hacer otra cosa. Lo siguiente a resolver era la cuestión del voto mayoritario o la representación proporcional. Si hubiera voto mayoritario, Al Nahda ganaría, según mis cálculos, un 92 por ciento de las bancas. Pero con repre-



Artesano de alambre



Escultor



Batilhoja

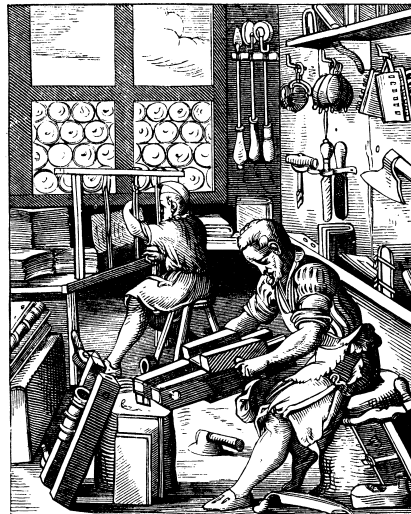
sentación proporcional, obtendrían un 40 por ciento de los votos y un 40 por ciento de las bancas. De esta forma, necesitarían construir una coalición para alcanzar el 51 por ciento. Así que ahora se encuentran en coalición. Esto es sorprendente. Los dos partidos con que conformaron la coalición son partidos seculares que dejarían la coalición inmediatamente si la base de Al Nahda, que tiene otros objetivos adicionales, modificara el orden pactado. No tenían la menor idea de cuándo Ben Ali caería, pero cuando cayó, a sólo once días de su caída había noventa personas en una habitación, casi todos pertenecientes a los partidos que protagoniza-

ron las discusiones en 2003, 2005, 2006, 2007. Ya habían puesto en el formato de la Asamblea Constituyente más del 90 por ciento de las cuestiones en las que habían llegado a un acuerdo.

A modo de conclusión, en el libro que escribí con Juan Linz *Problems of Democratic Transition and Consolidation*, en su primera página hablamos de cuatro cosas a realizar, que son causas necesarias pero no suficientes para considerar las transiciones democráticas como completas. Túnez, en diciembre de 2006, había completado las cuatro. Egipto, como dije, no ha completado ninguna. Muchas gracias.



Fabricante de monedas



Encuadernador



Armero

Francisco Weffort

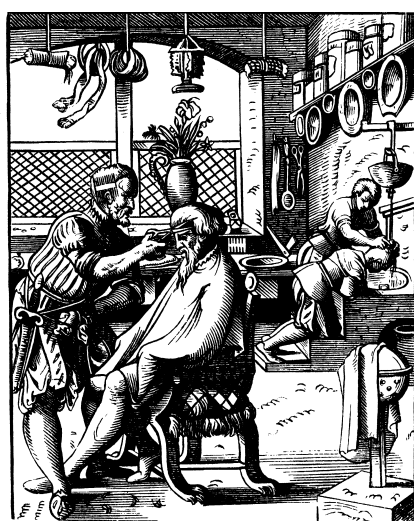
Tengo un gran gusto de hablar aquí para ustedes. Veo una gran cantidad de gente joven que eventualmente estudia en esta universidad o en otras universidades de aquí de Buenos Aires, y creo que lo que estamos haciendo acá, los que están en la mesa y los que vendrán, será dar testimonio a ustedes de lo que fue Guillermo O'Donnell como un gran intelectual de Argentina.

Permítanme hablar en términos un poco comparativos sobre el estilo de intelectuales que tenemos en América Latina, para decir que Guillermo O'Donnell, cuando llegó a Brasil, primero en Río de Janeiro y después en San Pablo, tuvo que convivir en las dos ciudades con dos grupos de intelectuales ya formados, el IUPERJ (Instituto Universitario de Pesquisas de Río de Janeiro) y el CEBRAP

(Centro Brasileiro de Análisis y Planeamiento) y después un poco más lejos en la Universidad de San Pablo, grupos de intelectuales ya formados en líneas de ciencia política o de sociología política, que sin embargo tenían algo muy diferente respecto a lo que Guillermo traía como impronta personal. Guillermo nos trajo una preocupación comparativa que para nosotros, los brasileños, tiene una significación muy grande. Más para los brasileños, que tienen un mínimo de conciencia de que son también latinoamericanos, lo que no ocurre con todos. Pero Brasil es un país, como todos saben, con todos sus problemas y sus ventajas como todos los países nuestros, pero con la peculiaridad de que con tantos problemas adentro, poco se preocupa por lo que ocurre afuera.



Taller de bacines y otros objetos



Barbero

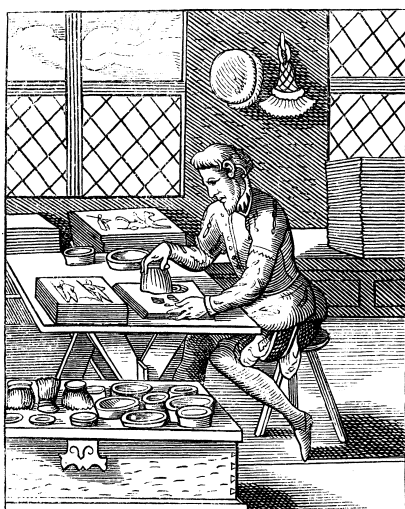


Fundidor de cañones y campanas

En los años '60, por circunstancias de la política brasileña, muchos brasileños han tenido que irse del país. Yo, entre los miles de anónimos, fui a Chile y me sorprendía que los chilenos supieran más de la política de Brasil de lo que yo conocía de la política de Chile. No era simplemente una cuestión de ignorancia personal, era una cuestión de estilo de formación. Nosotros en Chile formamos un grupo que tuvo una experiencia muy linda de solidaridad pero que tenía la característica de aislamiento con respecto a la sociedad chilena. Es decir, una sociedad que echa de menos ese tiempo, pero entonces no se preocupaba. Como toda la gente sabe, en Brasil hay unos treinta y tantos partidos políticos —no se preocupen por las siglas, enseguida se las van a olvidar, y no importa que se olviden— pero casi todos eran del MDB. Entonces, cuando los brasileños se reunían para hablar de política, casi siempre hablaban de la política que estaba alrededor de su gente. Lo que quiero decir es lo siguiente: la cabeza de un intelectual no necesariamente es como la de los intelectuales en Brasil. Vuelvo a Brasil, vuelvo a Río, vuelvo a San Pablo, porque lo que nos preocupaba más que todo era la historia política de Brasil, la influencia de las historias, de las ideas clásicas en Brasil y casi que ignorábamos el significado del estudio de la política comparada. Teníamos un interés periodístico. Digo todo esto para decir lo siguiente. Lo que Guillermo nos trajo fue una preocupación permanente por la creación de paradigmas teóricos que nos permitirían dejar de ser tan provincianos. Se puede ser pro-

vinciano, pero no tanto ¿no? Es decir, abrir un poquito la cabeza para entender lo que ocurre en su país en comparación con lo que ocurre con otros países de formación histórica similar. Y esto se hizo.

Yo estaba en Chile en ese entonces, y ya había una preocupación de los exiliados por una sociología comparada impulsada por la CEPAL e instituciones de ese tipo. Pero no era lo que ocurría básicamente con nosotros en nuestras escuelas allá. Hoy en día no. Hoy en día, si uno busca con cuidado, encuentra brasileños que tienen esta preocupación y creo realmente que una parte de esta preocupación es influencia de Guillermo O'Donnell ¿Por qué? Porque vivíamos el fin del régimen militar, y estábamos saliendo de un tipo de conceptualización de régimen militar que no nos convenía en la interpretación que hacíamos del país, debido a que no se adecuaba a los hechos que conocíamos. La concepción de Guillermo de régimen burocrático autoritario, el famoso BA, era algo que nos acercaba un poco más a las peculiaridades de este tipo de organización de poder que se hace alrededor de una burocracia de Estado que son las Fuerzas Armadas. Claro, alguno podría decir: «Mengano ya había dicho tal cosa», pero no estoy hablando de eso. Estoy hablando de que una cosa es una conceptualización adscripta a un caso, y otra cosa es un concepto que intenta aplicarse a diferentes casos y en cuya situación el caso de uno es simplemente uno más que te obliga a un ejercicio comparativo e intelectual más riguroso, más cuidadoso.



Estampero



Pintor



Zapatero

En todo caso, desde mi punto de vista, la influencia mayor de Guillermo es una influencia de estilo personal. Alguien decía hoy, y creo que con toda razón, que en esto de las ciencias humanas hay algo que hace a la personalidad de los que investigan, a la personalidad de los que trabajan. En ese sentido, Guillermo siempre me impresionó como figura firme en sus ideas, en un ambiente donde las personas son un poco menos firmes. No es que sean traidores ni nada de eso, sino que son un poco más manejables, muchos brasileños también. Pero en todo caso Guillermo era un tipo más firme. Y no es que no cambiaba, cambiaba todo el tiempo, pero cambiaba por un ejercicio racional o adscripto a un ejercicio racional que hacía con sus amigos.

Guillermo siempre me impresionó. Una vez, en un tiempo donde es usual que la gente tenga dos pasaportes, incluso por una cuestión de conveniencia de vida, las adhesiones emocionales a las naciones son adhesiones que se hacen muy relativas en muchas partes. Es decir, da para imaginar que un intelectual, especialmente uno de gran circulación internacional, que en su país no tuvo tantas oportunidades como cuando estuvo afuera, pudiese en

determinado momento pensar que le sería más conveniente adoptar otra nacionalidad. Siempre me impresionó acordarme de que Guillermo nunca dejó de ser argentino. Está bien, yo nunca dejé de ser brasileño, pero lo que me impresiona es que no conozco ningún intelectual en Brasil que haya tenido una experiencia de inmigrante, de exiliado, tan continuada como Guillermo O'Donnell. Y yo precisamente no soy del tipo que va a exigir de todo ser humano una fibra de guerrero, no se trata de eso. Hay que vivir, hay que cuidar de la familia, hay que desarrollar su trabajo. Lo difícil es hacer todo esto y mantener una fidelidad nacional discretamente, pero con un extremo orgullo.

Por esto, hablando a estudiantes argentinos quería decirles que ustedes tienen un gran ejemplo de intelectual. Argentina tiene muchos grandes intelectuales, muchos muy importantes. Yo no voy a mencionar nombres porque no se trata de hacer comparaciones históricas aquí, se trata de reconocer un hecho, que este es un país con una gran tradición intelectual y también una gran tradición en ciencias humanas. Hablando a los jóvenes yo diría: tengan orgullo de tener un gran intelectual como Guillermo O'Donnell entre sus maestros. Muchas gracias.



Médico



Pescador



Sacamuélas



www.cienciapolitica.fsoc.uba.ar

e-mail: cpolit@sociales.uba.ar